

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 5.— BARCELONA 29 DE AGOSTO DE 1914



El Comandante en jefe del ejército montenegrino dirigiéndose a la frontera austriaca

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El causante de la guerra.—II. El engaño de los dos colosos.—III. Galimatías internacional.—IV. Italia y Japón

1.—El causante de la guerra

Dijimos en una crónica anterior que Rusia era la culpable de haberse desatado la guerra. He aquí la traducción literal de los telegramas cruzados entre el Tzar y el Kaiser. Algunos periódicos franceses los han mutilado y los acompañan de largos comentarios. Preferible es que el lector juzgue por sí mismo, pues sobrado criterio posee para formar juicio propio, cuando se le facilitan los antecedentes necesarios:

I.—«Guillermo II a Nicolás, 28 julio, 10 h. 45 m de la noche.

»Con grande inquietud me entero de la impresión que la acción austro-húngara ha producido en tu Imperio. La agitación sin escrúpulos que se ejerce, hace años, en Serbia, ha determinado el asesinato de Francisco José. Los serbios están todavía dominados por el espíritu que les lanzó al asesinato de su rey y de su reina. Sin duda convendrás conmigo que nosotros dos, como los demás soberanos, tenemos interés en que sean castigados todos aquellos a quienes incumbe responsabilidad por ese horrible crimen.

»Por otra parte, yo comprendo muy bien cuán difícil es para tí y para tu Gobierno ir contra la opinión pública. Gracias a la amistad que de largo tiempo me une con Francisco-José, despliego sobre Austria toda mi influencia para moverla a entenderse abierta y pacíficamente con Rusia. Espero ardentemente que ayudarás mis esfuerzos para alejar las dificultades existentes.

»Tu afectuoso primo, Guillermo».

II.—«Nicolás a Guillermo, 29 julio, 10 h mañana.

»Me regocijo de saber que has regresado a Alemania. En este grave momento te ruego vivamente me ayudes. Una guerra vergonzosa ha sido declarada a un país débil. La indignación en Rusia es enorme. Participo de ella. Preveo que muy pronto no podré resistir a la presión que se ejerce sobre mí, y que me veré obligado a tomar medidas que provocarán la guerra. Para evitar la desgracia que causaría esta guerra europea, te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, hacer todo lo posible para impedir que tu aliado vaya demasiado lejos.—Nicolás.»

III.—«Guillermo II a Nicolás II, 29 julio, 6 h 30 m de la tarde.

»He recibido tu telegrama. Comparto tu deseo de mantener la paz. Sin embargo, no puedo calificar de vergonzosa la guerra austro-serbia, porque Austria-Hungría sabe por experiencia que las promesas de Serbia, cuando no están escritas, nada valen. A mi juicio, la acción austro-húngara ha de considerarse como una tentativa para conseguir que esta vez las promesas serbias se cumplan. Me afirmo en esta opinión, por el compromiso del gabinete austro-húngaro de no buscar ninguna conquista territorial en Serbia.

»Creo que es posible una inteligencia directa entre tu Gobierno y Viena, inteligencia que, como ya te he dicho, mi Gobierno apoyaría con todas sus fuerzas. Naturalmente, las medidas militares podrían ser consideradas por Austria como una amenaza y provocar la desgracia que queremos conjurar, haciendo imposible la misión mediadora que yo he asumido con entusiasmo, en cuanto apelaste a mi amistad y ayuda.—Guillermo II.»

III.—«Nicolás II a Guillermo II, 30 julio, 1 de la tarde.

»Te agradezco cordialmente tu pronta respuesta. Esta noche, te envío a Tatischev con instrucciones. Las medidas militares actuales estaban decididas hace cinco días, para defendernos contra los preparativos austriacos.

»Espero con todo mi corazón que esas medidas no impedirán tu labor mediadora, de la cual espero mucho. Tenemos necesidad de tí, de tu presión sobre Austria, para que se entienda con nosotros.—Nicolás.»

IV.—Falta la respuesta del Kaiser, que es evidentemente una protesta contra la movilización de 14 cuerpos de ejército rusos.

V.—«Nicolás II a Guillermo II, 30 julio, noche.

»Te agradezco cordialmente la mediación, que hace esperar una solución pacífica. En verdad, es imposible detener nuestros preparativos militares, que la movilización austriaca ha hecho necesarios. No deseamos la guerra.

»Mientras duren las negociaciones con Austria, mis tropas no adoptarán ninguna actitud hostil, te doy solemnemente mi palabra. Tengo confianza en la gracia de Dios y espero el éxito de la mediación en Viena para el bien de nuestros países y la paz europea.

»Cordialmente te saluda.—Nicolás».

VI.—«Guillermo II a Nicolás II, 30 julio.

»Mientras ejercía mi mediación, según tu deseo, entre tu Gobierno y el Gobierno de Viena, tus tropas han sido movilizadas contra mi aliada, Austria, lo que ha hecho casi ilusoria mi acción. No obstante, la he continuado. Ahora recibo noticias ciertas sobre tus preparativos belicosos en mis fronteras. La responsabilidad, la seguridad de mi Imperio, me obligan a tomar medidas defensivas.

»He hecho todos mis esfuerzos en favor del mantenimiento de la paz. No quiero arrostrar la responsabilidad de la desgracia que en este momento amenaza al mundo civilizado. Aun tienes la posibilidad de conjurarla. Nadie amenaza el honor, ni la fuerza de Rusia, que habría podido esperar el resultado de mis esfuerzos. La amistad que para tí y para tu país juré en el lecho de muerte de mi abuelo, ha sido siempre sagrada para mí, y he permanecido fiel a Rusia en los momentos más difíciles, principalmen-

te durante la última guerra (contra el Japón).

«Hoy, la paz europea no puede ser salvada más que por tí, si Rusia se decide a detener las medidas militares que amenazan a Alemania y Austria-Hungría.—Guillermo».

VII.—«Guillermo II a Nicolás II, 30 julio, 1 tarde.

«Mi embajador ha sido encargado de señalar a tu Gobierno los peligros y las graves consecuencias de una movilización. Como te dije ayer, en mi último telegrama, Austria sólo moviliza contra Serbia una parte de su ejército. Si ahora, como es cierto, tu movilizas contra Austria, la misión que me has encomendado se ha hecho muy difícil, si no imposible.

«La dificultad de la resolución a tomar, pesa ahora sobre tus hombros. Tienes la responsabilidad de la guerra o de la paz.—Guillermo.»

II.—El engaño de los dos colosos

A medida que el tiempo deja ir viendo más claro y que los hechos toman la marcha fatal que les ha de conducir a un nuevo destino de las naciones, se robustece más la idea de que la diplomacia teutona se ha dejado engañar como un muchacho sin experiencia. Fija siempre su mirada en los ejércitos de mar y tierra, no se daba cuenta de lo que sucedía en los gabinetes de París, Roma, San Petersburgo y Londres, y se ha dejado sorprender por los acontecimientos, que en modo alguno esperaba. Contaba con la hostilidad de Francia; pero se resistía a creer en la de Rusia y tenía esperanza de aquietar la británica; el apoyo de Italia era evidente para ella; y ni en duda ponía la pasividad de Bélgica.

De pronto, como si fueran muñecos movidos por un mismo hilo, se alzan unos tras otros sus enemigos y una inmensa hoguera se propaga alrededor de los dos Imperios de la Europa central.

Hasta el último momento, la Gran Bretaña mantuvo en el error a Alemania; cuando ya ésta no podía retroceder, echó aquella todo el peso de su poder en uno de los platillos de balanza. Simultáneamente, Bélgica da a conocer por sus actos que se había encadenado al triple acuerdo: sin vacilar, ni consultar a nadie, el rey Alberto rechaza la proposición del Kaiser, y cuando las tropas alemanas cruzan la frontera, creyendo coger desprevenidos a los belgas, encuentran perfectamente preparados los fuertes de Lieja y 40.000 hombres en la plaza para atajar el paso al invasor.

Italia no titubea y se sale de la contienda. ¿Qué importan los compromisos internacionales? Tiempo habrá para reanudarlos si conviene; entretanto, conviene estar a las ganancias sólo, y no a las pérdidas.

Contagiadas por el ejemplo de las grandes potencias, Suiza y Holanda, que se creía en la órbita alemana, cierran sus puertas a los ejércitos del Kaiser; y éste, que hasta hace poco soñó ser el árbitro de Europa, contempla cómo todos le vuelven las espaldas.

¿Merecía realmente Alemania que se la tratara de este modo? En verdad, no. Sólo es culpable de haberse engrandecido; de haber trabajado en todos los órdenes de la actividad; de conservar una relativa pureza de costumbres, tenida ya por anticuada en otros pueblos. Si ha puesto su poderosa garra en

Africa y en Asia, lo mismo han hecho los demás, y quien no ha obrado así ha sido nada más que por impotencia. Nunca ha llevado su rapacidad y desaprensión al extremo de otros países. Pero no sólo de pan vive el hombre.

La industria y el comercio alemán amenazaban socavar la riqueza de Francia y la Gran Bretaña. Los estadistas de ambas naciones no han tenido más que señalar la conducta altanera y la bravuconería de Alemania, para que cundieran la enemistad y el odio contra ésta. Se ha estado predicando un día y otro que Alemania era la representación del imperialismo y la tiranía, y que Inglaterra y Francia representaban la libertad y el derecho. Y de esta cruzada ha resultado que las bajas rivalidades del comercio han hallado eco en los sentimientos populares, por un lado, a la par que por el otro sólo se las hacía descansar en el poderío militar. Ha sido muy torpe y muy inocente la diplomacia alemana, y por su culpa se ha encomendado a su ejército una empresa que casi rebasa las fuerzas humanas.

De 1880 acá, Alemania ha tenido varias ocasiones para aplastar casi impunemente al ejército francés, y las ha dejado pasar. Pudo y debía ganarse la amistad de Rusia y no se preocupó de ello; debió haber apoyado al Tzar en 1904 para que el centro de gravedad de Rusia se trasladase a Asia, y no se cuidó de semejante cosa; poco le hubiera costado comenzar a minar el poderío inglés en Asia, y no supo aprovechar los desórdenes en Persia; sin gran exposición, le fuera fácil impedir la victoria de Serbia y Grecia contra Bulgaria, y no lo hizo; y con la misma Rumania quedó mal. Ahora, hasta sus mayores protegidos se le mofan y todos le vuelven las espaldas. No basta, no, el ejército: éste es el instrumento, pero además se necesita el alma, y la diplomacia alemana se ha preocupado muy poco de ganarse las simpatías de fuera.

Y ella, que tantas ocasiones de salir victoriosa ha dejado escapar, se ve ahora cogida en la trampa y acusada de ser la promotora de la guerra. ¡Qué pensaría Bismarck de todo esto!

Pero si Alemania ha sido engañada, más todavía lo ha resultado Rusia. El Imperio moskovita va a ser definitivamente un imperio europeo, y dejará libres las manos a ingleses y japoneses, para que manipulen a su gusto en Asia. La suerte que hoy acaso aguarda a Alemania, le está reservada, más negra aun, a Rusia, cogida en una doble ratonera, en Europa y el Extremo Oriente. Torpe ha sido Berlín, pero no menos San Petersburgo; en vez de apoyarse los dos imperios para moverse el uno hacia oriente y hacia occidente el otro, van a desgarrarse mientras se regocijan los aliados y amigos de los rusos, hoy, y encarnizados enemigos mañana. ¿Tan pobre tiene la memoria Rusia que no recuerda la tradicional política de la Gran Bretaña, el ataque de que fué víctima en 1854, el veto que se le opuso en 1878, cuando estaba a las puertas de Constantinopla, y las verdaderas causas de su derrota en 1905? La banca francesa y la astucia británica han engañado a Rusia, cuyo torcido proceder habrá de pagar más tarde o más temprano. Porque las demás naciones beligerantes laboran por su interés y beneficio particular, pero Rusia está trabajando contra su propio porvenir. Jamás ha dado señales de una mediana perspicacia.

cia el gobierno del Tzar. Acaso aun vacilaba; pero la visita de Poincaré le decidió. No era ciertamente en Alemania donde se refugiaban los revolucionarios rusos; no fué el Kaiser quien menos apoyo prestó a Rusia en todos los momentos difíciles. Coalición incomprensible, dentro de la historia, la de ahora, guiada por el deseo de anular a una nación, pero no por el afán de reconstruir, ni de afirmar nada estable en el orden espiritual, intelectual ni material. De esa cóalición ha de surgir forzosamente, o fallan las enseñanzas repetidas de la historia desde que el mundo existe, otra guerra no menos sangrienta que la presente. Porque ni siquiera la cuestión de razas en el oriente de Europa quedará resuelta; hay demasiados nubarrones en otras partes para que allí la tormenta se resuelva en lluvia, a la larga bienhechora.

III.—Galimatías internacional

Austria declara la guerra a Serbia; Alemania a Rusia y Francia; Rusia al Imperio Austro-húngaro; Inglaterra a Alemania; y ésta a Bélgica. Montenegro no declara nada, pero guerra contra Austria.

Como consecuencia: Rusia pelea contra Alemania y Austria; Francia también contra las mismas; Serbia y Montenegro contra Austria; Bélgica e Inglaterra contra Alemania. El imperio del Kaiser tiene cuatro enemigos; el austriaco otros cuatro, pero no los mismos, puesto que en lugar de Inglaterra y Bélgica luchan contra él Serbia y Montenegro. Austria y Alemania están aliadas, como Rusia y Francia, pero no Inglaterra, ni Bélgica, ni el grupo Serbio-montenegrino. Los historiadores del siglo XXII llamarán a esta guerra la embriaguez bélica de Europa. Están preparadas para consumirse en la hoguera, Rumanía, Bulgaria, Turquía y Grecia; nadie puede responder de que el incendio respete a las restantes.

El caso más original es el de Inglaterra. Aunque no aliada con Francia, ni ligada a ella por ningún compromiso escrito; obra de acuerdo y al lado de su vecina y coopera con Rusia, su enemiga geográfica. Alemania es aliada de Austria, pero Inglaterra no declara la guerra a los austriacos, sino dos semanas después que a los alemanes, y alegando su acuerdo con Rusia. ¿Porqué no perdió un minuto en lanzarse contra Alemania y ha permanecido indolente frente a Austria? Si la Gran Bretaña se moviera por interés y afecto a Francia, a la declaración de guerra pronunciada por ésta contra Austria, habría seguido en el acto la de aquella. Pero, no; para romper con Alemania no necesitó instigaciones ajenas, mientras que lo ha pensado mucho para obrar de la misma manera con Austria. Los motivos de esa diferencia de conducta no son difíciles de adivinar.

La invasión de Bélgica por los alemanes suponía el establecimiento de éstos frente a las costas inglesas; acaso la posesión de Amberes y Flesinga, en Holanda, por sus rivales; y de ese avance al desembarco en las islas no había más que un paso. Cien mil alemanes en Inglaterra, aunque a la larga perecieran todos, significaba el fin de Londres, la destrucción de puertos, arsenales y astilleros, o una paz onerosa inmediata. El instinto de conservación alzó a Inglaterra, aguijoneada además por el deseo de dar un golpe mortal al comercio que rivalizaba con el suyo y comenzaba a derrotarle.

Para romper con Austria siempre estaba a tiempo. La escuadra austriaca se encuentra toda en el Mediterráneo, y no dejaba de ser un peligro para la libre navegación de los barcos británicos. Debiendo atender la escuadra, en primer término, a impedir los ataques y correrías de la flota alemana, no convenía destacar barcos de combate al Mediterráneo. Ha sido menester que Francia se comprometiera a atacar y destruir a la escuadra austriaca, para que Inglaterra abandonase su pasividad. Probablemente, en la declaración de guerra a Austria habrá influido un tercer factor: el afianzarse la neutralidad, acaso la amistad, de Italia, que se bañará en agua de rosas cuando sepa que nadie podrá contrarrestar su potencia naval en el Adriático y Egeo, y que Austria, desangrada, no estará en disposición de oponerse a las pretensiones irredentistas sobre Trieste y el Tirol. Tiene mucho que ofrecer, fuera de casa y sin comprometer sus intereses, la Gran Bretaña, para que se pueda resistir a la tentación de sus halagos. Fué un golpe maestro la aproximación anglo-francesa, otro no menor el del acuerdo anglo-ruso, y una torpeza política en el orden militar no sabemos qué resultará—la invasión alemana en Bélgica. Inglaterra, a pesar de que tiene los pies de barro y que están sumergidos en el mar—su escuadra,— pesa mucho, y es imprudente ponerse resueltamente en contra de ella.

IV.—Italia y Japón

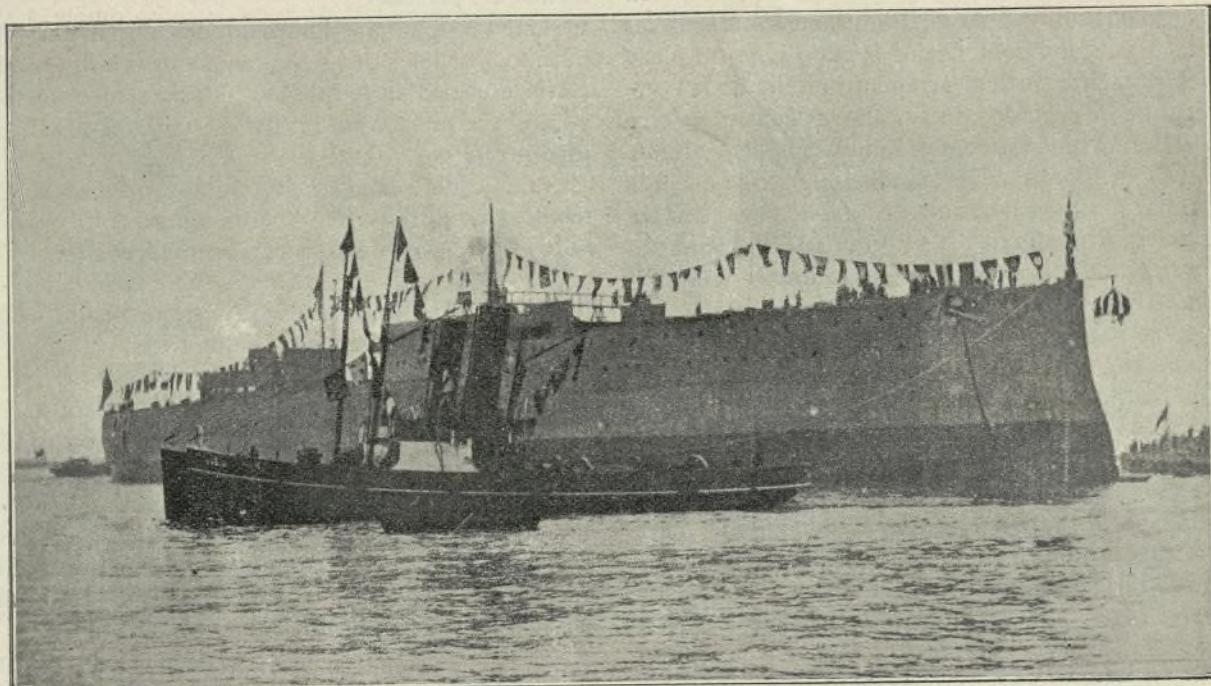
Nuevos factores se han agregado al incendio y amenazan propagarlo y extenderlo por todos los confines del mundo ¿A dónde iremos a parar?

Italia moviliza sus fuerzas; es un hecho que no cabe ya desconocer, la amenaza no se dirige contra Francia, sino contra Austria y de rechazo contra Alemania. Acto que parece increíble, pero que es verdad. Nunca como ahora se ha presentado a Italia una ocasión tan favorable para reconquistar los territorios de Trieste y el Tirol, y acaso dar un bocado a Austria, así como afirmar su poder en el Adriático, el Mediterráneo y el Egeo. Se comprende lo que hace poniéndose en el punto de vista exclusivamente italiano, pero no acontece lo mismo mirándole bajo el aspecto ético y sobre todo teniendo en consideración la conducta que ha observado el gobierno italiano hasta pocos días antes de la guerra. La amenaza contra Austria traerá como consecuencia inevitable el retirar esta potencia las tropas que había ofrecido a Alemania y otra vez se verá ésta, con sus propias fuerzas, frente a cuatro potencias coaligadas.

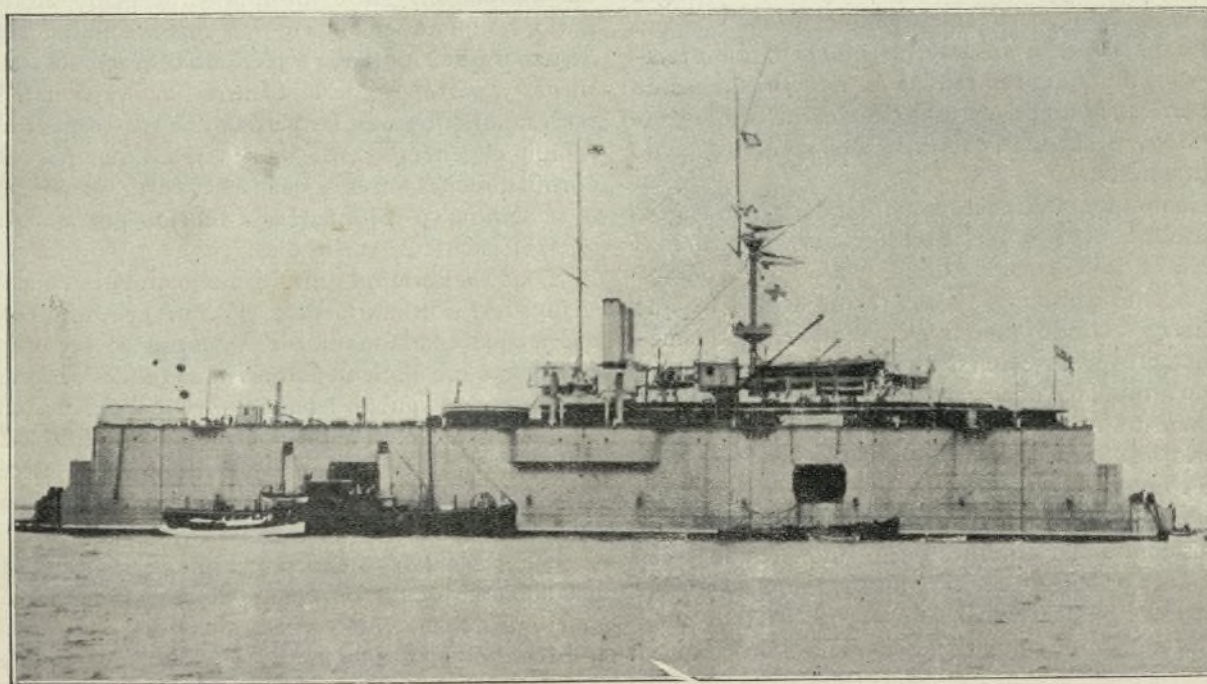
Durante siglos fué Italia, como también, aunque no en tan grande escala, los Países Bajos, el campo de batalla en que los pueblos europeos dirimían sus contiendas, librándose a sí propios de los vejámenes y las cargas de la guerra y haciéndolos pesar sobre aquella península. Los ejércitos italianos no significaban nada y continuaron despreciados hasta la segunda mitad del pasado siglo. En las campañas que entonces tuvieron lugar, la reputación militar de Italia no quedó muy bien sentada, pues aunque las guerras fueron favorables a la península, ello se debió a alianzas sabiamente contraídas y a la labor de la diplomacia. Los comienzos de la expansión territorial italiana brillaron también por su desgracia, dándose el caso único de que una potencia europea fuera

vencida y obligada a pedir la paz por un pueblo africano. Después no ha habido otra campaña que la de Libia, mucho más fácil que las que sostuvieron en las costas y países africanos del Mediterráneo Inglaterra, Francia y España. Con estos antecedentes y contra lo que el buen sentido pudiera hacer creer,

ningún país en los modernos tiempos como Italia a Alemania, gracias a cuyo apoyo ha podido elevarse y llevar a feliz término sus sueños de expansión ultra-mediterránea; y, sin embargo, los abrazos parece que se van a volver lanzas y la amistad y la alianza guerra declarada.



El dreadnought inglés *Thunderer* poco después de ser lanzado al agua



Dique flotante inglés, capaz para los mayores super-dreadnoughts

el engrandecimiento italiano se ha ido afirmando día por día, hasta colocar al país en el rango de las naciones de primer orden. Ahora se presenta la ocasión de redondear una labor de muchos años, y es posible que Italia no la deje escapar. Pero para este resultado sobraba la triple alianza y las protestas de amistad y fervor hacia el Kaiser. A nadie debe tanto

Menguado porvenir debe ser el de Alemania cuando Italia, cuya clarividencia nadie desconocerá, le cierra los brazos y le tiende las manos armadas fieramente. Pero guárdese Italia de los hoy sus amigos, porque si Inglaterra afirma sobre todas las demás naciones su potencia naval y Francia queda dueña del Mediterráneo con su aliada de hoy, la Gran

Bretaña, no será Italia la que reporte los beneficios, sino que entonces los golpes se dirigirán contra ella y antes de treinta años se arrepentirá de lo que hace. Era discutible la alianza con Austria, pero la unión con Alemania era ideal, porque garantizando la frontera italiana por el lado de tierra, dejaba libre a Roma el espléndido campo del Mediterráneo. ¿Quién le podrá ofrecer otro tanto? Por grandes que sean las ventajas que ahora obtenga de la guerra, en un plazo necesariamente corto se arrepentirá Italia de la conducta que ha seguido con sus aliadas de hace quince días y llorará amargamente cuando ya no tenga remedio el error, porque el engrandecimiento de los pueblos no se ha obtenido nunca de un modo permanente y estable por medio de artes diplomáticas ni por astucia y habilidad, sino por el poderío propio y la fuerza material y económica, y está muy lejos Italia, por desgracia para ella, de poderse comparar con Francia, con Inglaterra, con Rusia, con la misma Alemania, aunque sea desmembrada y vencida. Lo artificioso da frutos momentáneos; nada más.

Otra cosa es el Japón. Hace diez años venimos diciendo que la gran equivocación de Inglaterra es su alianza con Japón. Nación esencialmente marítima, Japón no tardará veinte años en tener en sus manos la hegemonía política de Asia y Oceanía. Inglaterra ha enseñado a volar al gavián y éste va haciéndose poderosa águila por momentos; cuando se encuentre con fuerzas propias para ello, no habrá nadie que la detenga y no guardará escrúpulos para caer sobre el continente asiático; entonces verá Inglaterra cómo Rusia le vuelve las espaldas. Cuenta Inglaterra prevenir esa contingencia con paciencia y aun recurriendo a la fuerza antes de que el peligro sea amenazador; pero la situación del Japón es tan fuerte o más por sí misma que la de la Gran Bretaña, y los nipones se reirán de la hoy su aliada; de tales maestros no pueden salir malos discípulos, sobre todo si tienen tan sobresalientes aptitudes como los japoneses.

Como quiera que sea, Japón ha declarado la guerra a Alemania y se presta a caer sobre las colonias de ésta en la costa de la China. Claro es que la intervención japonesa provocará la de China, y que los Estados Unidos estarán estudiando el modo mejor de aprovecharse de las querellas de unos y otros. En cuanto a la ayuda material del Japón en los teatros marítimos de Europa, es menester verlo para creerlo; la alianza no va nunca contra los intereses y las conveniencias propias.

¡Pobre Alemania! por todas partes se alzan enemigos contra ella. Si el Kaiser, el monarca más pacifista de su tiempo, como la historia no tardará en demostrar, pudiera volver atrás y comenzar de nuevo su reinado, no perdería las espléndidas ocasiones que se le han presentado para aplastar primero a Francia, dar un golpe mortal a Rusia y comprometer el porvenir de la Gran Bretaña; se ha descuidado, y ahora no ha sido él, sino sus enemigos los que han elegido el momento más favorable para caer todos reunidos sobre el poderoso Imperio, cuyas tajadas sabrosas excitan la codicia universal. ¡Magnífico triunfo el de Alemania, si por uno de esos designios de la Providencia, llegara a obtenerlo, y grandiosa caída la del Imperio, si es derrotado, en colosal lucha con el mundo entero.

F. LARÍN

EL SERVICIO DE INFORMACIÓN PERSONAL DE LAS GRANDES POTENCIAS

Uno de los servicios que mejor montados tienen los Ministerios de la Guerra de los principales países, en particular Francia y Alemania, es el de información *personal*.

Este servicio, que abraza a todas las naciones del mundo, por lejos que se hallen, se lleva con especial escrupulosidad en lo que toca a los Estados vecinos y a los que pueden ser rivales o auxiliares el día de una guerra.

Practicado desde la más remota antigüedad, fué metodizado durante el Imperio, habiéndolo organizado el gran Napoleón y copiado luego Prusia. El famoso Talleyrand fué un maestro en ese arte, y sus juicios revelan una sagacidad extraordinaria y un profundo conocimiento de los hombres.

En tiempo de guerra es de la mayor importancia poseer datos exactos sobre el carácter, costumbres, inclinaciones y método de vida de los generales, oficiales y tropa del enemigo. Los métodos que emplee tal general y la perseverancia o flojedad que despliegue en la ejecución, pueden ser fácilmente previstos por quienes conozcan a fondo las características de la personalidad de aquél. Este es el primer objeto del servicio de información personal.

El general A, por ejemplo, es hombre de talento claro y sólidos conocimientos; pero se encuentra mejor en el gabinete, dando órdenes, que en contacto con las tropas. Debe esperarse que preparará bien una batalla, pero no sabrá salvar los momentos críticos que en todas ellas se presentan. El general B padece del estómago y sutre insomnios; de genio atrabiliario, no tolera se le formulen observaciones: será de temer que emprenda a menudo operaciones nocturnas y, partidario de la ofensiva, no ceje en ella por grandes que sean las pérdidas de sus tropas. En cambio el general C, de mérito relevante, necesita dormir muchas horas, y cuando es corto su descanso se debilita su voluntad; será vencido por un ataque persistente de varios días.

Todo, hasta lo más nimio, tiene importancia: D es jugador, E es morigerado, F gran bebedor, etc.; a G le apasiona la maniobra, mientras H se lanza, con placer inconsciente, en los más grandes peligros, que parece avivan sus facultades; H lo pesa y compulsa todo, teniendo de la guerra un concepto casi matemático, y J sólo se encuentra bien a la cabeza de sus soldados y es un verdadero improvisador.

Ese servicio de espionaje del que periódicamente nos habla la prensa, en tiempo de paz, no tiene por objeto principal, como vulgarmente se cree, la adquisición de planos de fortalezas, de armas, de planes de operaciones (que no existen) y de otras cosas que tanto atraen a los profanos; sino que se endereza ante todo a procurarse informes exactos del carácter y hábitos del alto mando. Cada general extranjero de cierto relieve o categoría, tiene abierta una hoja reservada en la que se anotan todos los rasgos que puedan contribuir a definirlo.

La información se extiende a los jefes de estado mayor, ayudantes, jefes de cuerpo, y al espíritu y modo de ser de la oficialidad de cada regimiento; y llega también a las tropas, cuyas cualidades y defec-

tos son muy diferentes de un punto a otro, aun perteneciendo todas al mismo ejército.

Lo acertado de este proceder salta a la vista, con sólo recordar que la guerra la hacen los hombres, y que las armas, la técnica, el terreno y los medios no son más que auxiliares. El conocimiento de los hombres es lo primero que interesa. La conducta y valor de una tropa varía enormemente según quien la mande y dirija.

Y no influyen sólo en lo que se llama *coeficiente personal* las dotes recibidas de la naturaleza y perfeccionadas o modificadas por la instrucción y la práctica, sino también la educación, las amistades y el medio en que se vive, todo lo cual es estudiado con el mayor cuidado.

Para este servicio suelen emplearse preferentemente mujeres, más instruidas y despiertas de lo que parecen, y hombres entregados a oficios serviles, pero que en realidad ocupan en su patria una posición brillante o por lo menos distinguida. Ante todo hay que conocer bien al enemigo, para no hacer la guerra por la guerra y exponerse a dar golpes falsos. Aun así, las equivocaciones son frecuentes, porque nadie sabe qué es lo que dará de sí y hasta qué punto una persona el día de la prueba. De todos modos, se tiene una pauta, un conocimiento, que fijará un criterio, acertado por lo general.

Aunque dependiente de otro Ministerio, del de Negocios Extranjeros, el servicio de información personal comprende a los estadistas, políticos, grandes banqueros, a todos, en una palabra, los que influyen de un modo directo en los destinos de un país.

Precisamente ese servicio es una de las mayores garantías de éxito de las labores diplomáticas. Cuando un embajador se traslada a una Corte extranjera sabe de antemano a qué atenerse sobre las personas con quienes ha de tratar. Si no se obrara así, se darían muchos tropezones y las negociaciones abiertas con cualquier motivo terminarían a menudo de un modo inopinado o provocarían continuos conflictos. Según con quien se negocie conviene la paciencia y la transacción, substituidas en los momentos oportunos por la firmeza y la brusquedad; o la franqueza, o hábil y lenta perseverancia, o el tono protector, o un temor fingido, etc. Unas veces una pseudo-confidencia provoca otra más importante en el interlocutor, y otras una afectada reserva hace creer que se oculta algo que en absoluto desconoce el que la guarda.

Son tantos y tan cuantiosos los intereses de los pueblos, que es menester apelar a todos los medios para defenderlos y guardarlos, tanto en paz como en guerra.

LOS SOLDADOS DE CHOCOLATE

No vamos a referir el argumento de la opereta de este título; es el calificativo que mejor cuadra a los alemanes si éstos se conducen de la manera que nos cuentan los telegramas de la prensa.

Los pobrecitos alemanes intentan penetrar en Francia por siete puntos, y en los siete son brillantemente rechazados, perseguidos, aprisionados y ex-

terminados. Corren como locos de un lugar a otro, y en todas partes son recibidos con las mismas muestras de deferencia. No sabiendo qué hacer, penetran en Bélgica. ¡Desgraciados! Los soldados belgas, que se baten como leones y están admirablemente mandados, los llevan de cabeza. Finalmente, cometen la audacia de poner sitio a Lieja, con tan mala suerte, que han de pedir un armisticio, hecho nuevo en los anales de la guerra y del sentido común, porque hasta aquí sabíamos que el que ataca podía levantar el cerco y retirarse, pero no habíamos oído nada de que pidieran la suspensión de hostilidades al sitiado: creíamos que era éste el indicado para dar este paso. Tal vez detrás de los alemanes se ha alzado una muralla de plomo que no les permite retroceder.

Los barcos alemanes, los pocos barcos alemanes que aun están a flote, surcan los mares con una velocidad prodigiosa, huyendo de sus enemigos, y repostándose del carbón que les cae del cielo.

El Kaiser inspira lástima y compasión (al fin y al cabo no se trata mas que de un ciego), y hasta las damas se atreven con él.

¿A qué seguir? Leyendo esos telegramas, sólo se nos ocurre preguntar a los periodistas que los inventan; pero ¿para cuando aplazan ustedes la entrada en Berlin? ¡Ah, si las guerras pudiesen resolverse con artículos de periódico.....! Pero, aunque toda la prensa de concierto emprenda una campaña a favor de uno de los partidos, no evitará que sea vencido aquel de los beligerantes a quien la Providencia niegue su protección.

SUBRIO ESCÁPULA

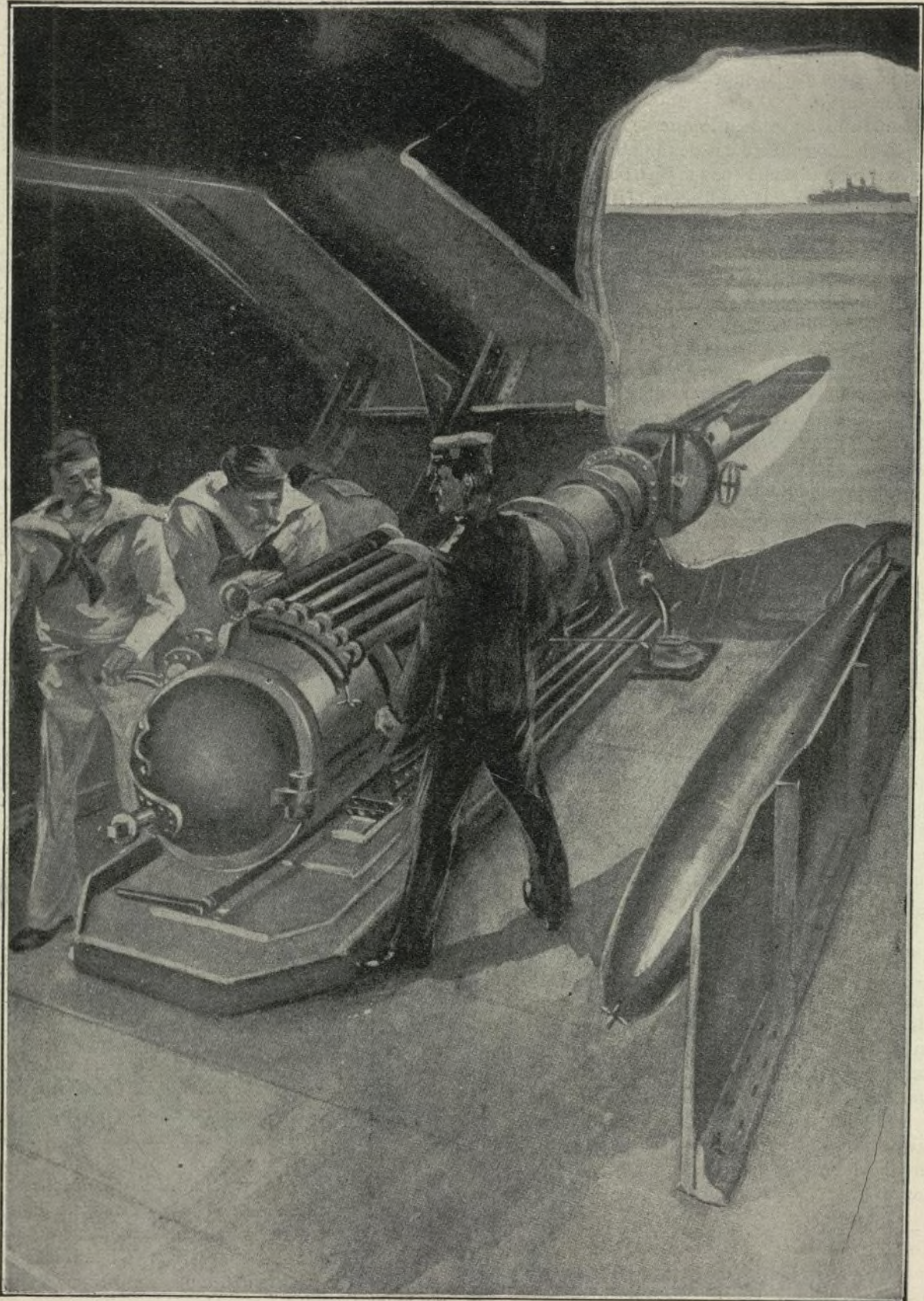
LA DURACION DE LA GUERRA

La opinión general es que la guerra será de corta duración; la paz se firmará antes de que comience el invierno; dos meses, tres a lo sumo, y volverá a renacer la tranquilidad.

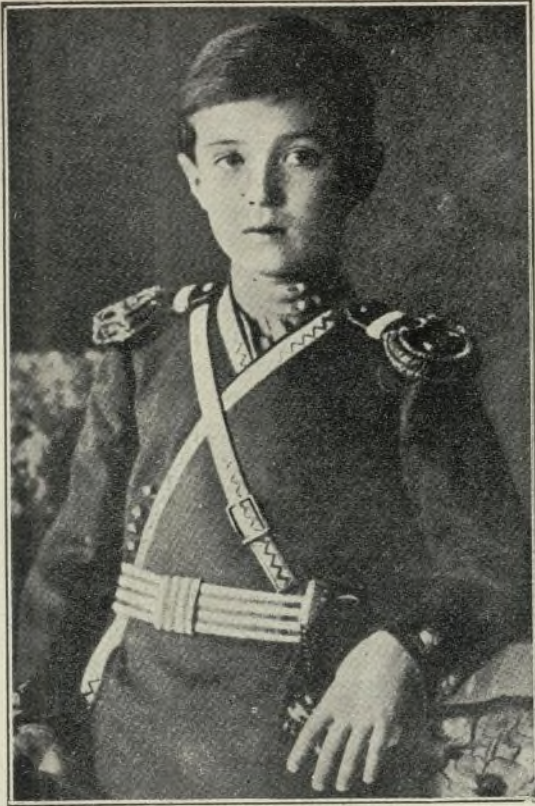
Nadie, ni los mismos interesados, sabe lo que ocurrirá, por lo que hablar de esta cuestión es perder el tiempo. Si se la estudia desde el punto de vista económico, poniendo en una columna las reservas, existencias y recursos del Tesoro, de Alemania, y en otra los gastos militares y de todos los órdenes que ha de afrontar y la paralización absoluta de su comercio internacional y de su actividad industrial y agrícola, se llega a esta conclusión: Alemania estará agotada, financieramente, a los dos meses, y no podrá continuar la guerra. Su derrota es inevitable. Mas ¿cabe seriamente admitir que aquellos estadistas, cuya previsión y serenidad reconocen todos y han sido repetidamente puestos de manifiesto, se lancen a una aventura sin contar para nada con lo que no escapa al burgués más vulgar? El admitirlo sería una necedad. Contentémonos con reconocer nuestra ignorancia.

Desde el punto de vista militar, la resistencia de Rusia, si no hay desórdenes públicos, es inagotable. Alemania puede aguantar dos años una invasión extranjera. Inglaterra, en tanto disponga de la flota, está a cubierto de todo peligro. Francia es la más débil.

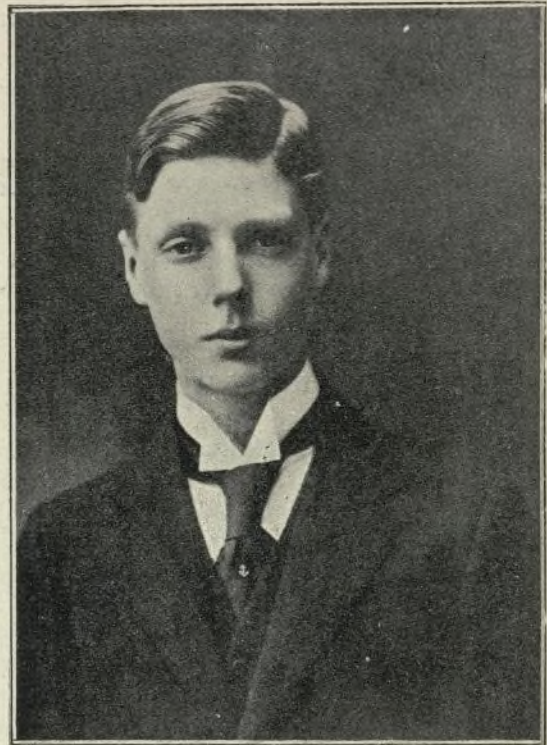
Cuanto más tiene que perder un país, menos



Disparo de un torpedo por un tubo lanzatorpedos, situado bajo la línea de flotación. La puntería se hace desde uno de los puentes superiores, de modo que los marineros que disparan el torpedo no saben contra quien se dirige el tiro. En el grabado se ha dejado abierto el casco para que se vea el acorazado enemigo, pero en realidad sólo asoma la boca del tubo y la cámara de tiro está completamente incomunicada con el mar, que resulta invisible desde aquella.



El Tzarewicht, Alejo Nicolaievicht, único hijo del Tzar y heredero del trono



S. A. I. y R. el príncipe de Gales, heredero de la corona británica



Un despliegue del ejército alemán sobre los llanos de Tirlmont

atrevido es, y antes se inclina a pedir la paz, por miedo de que se lo arrebaten todo. Es también Francia la nación más propensa a que estallen disturbios interiores, y aquella cuyo ejército se desalienta antes si es derrotado. Pero tiene sobrado patriotismo y excesiva vitalidad para sucumbir a los primeros golpes, sin apelar a todos sus medios y recursos.

A cualquier lado que volvamos la vista vemos extenderse ante nosotros inacabables motivos de prolongación de la guerra. Sabemos cuándo ha comenzado, pero no cuándo terminará. Lo único cierto es que será larga y que cada día que transcurra se arrojarán más materiales inflamables a la hoguera; por de pronto, que lo diga Bélgica.

CRÓNICA MILITAR

I. La situación militar el 18 de Agosto.—II. Operaciones en la Alsacia.—III. Operaciones en Bélgica.—IV. Operaciones en el centro de la frontera.—V. Consecuencias que se deducen.—VI. Operaciones en las fronteras rusas y en Serbia.—VII. Operaciones navales.

I.—La situación militar el 18 de agosto

Desde que escribo las crónicas hasta que aparecen en las columnas de esta *Revista* transcurren cinco, seis o siete días. Así, resulta poco agradable adelantar juicios, que pueden resultar fallidos en el momento mismo de su aparición, o antes. Siempre conviene escribir a *posteriori*, lo mismo si se trata de combates (porque se disipan las dudas de los primeros momentos y el conjunto de los acontecimientos da una luz que es imposible obtener con las noticias telegráficas ni con los comunicados del Ministerio de la Guerra francés), que de planes y movimientos estratégicos.

Con todo, a pesar de la obscuridad que todavía reina, y que tardará aun muchos días en disiparse, considero indispensable examinar la situación militar al fin de la primera quincena de la guerra, haciendo la salvedad de que la falta de datos acaso me mueva a sentar alguna conclusión que el porvenir no confirmará.

Es un hecho indudable, pese a las victorias que continuamente está declarando el Ministerio de la Guerra de Bruselas, que los belgas han presentado escasa resistencia a la invasión alemana y que las tropas que se han atrevido a oponerse a la marcha del invasor han sido deshechas en cuantas ocasiones han probado fortuna. El avance alemán en Bélgica se ha realizado y continúa realizándose de un modo metódico, incesante, gradual, desarrollándose a la vez el despliegue estratégico, que abarca ya todo o casi todo el frente de ataque.

Se encuentran probablemente en Bélgica cuatro cuerpos de ejército alemanes: el 6.º, el 7.º, el 9.º y el 10, con un total de 160 a 180 mil hombres, desplegados en una línea que se extiende desde las cercanías de Bruselas a la frontera francesa, cerca de Dinant, con una reserva más atrás. Más al S., en el Luxemburgo belga y en el Gran Ducado, otro ejército, mucho más numeroso, cuya fuerza evaluó en seis cuerpos, está en disposición de tomar la ofensiva; el tercer ejército, de un efectivo igual o parecido, se encuentra aun más al S., frente a la frontera francesa, teniendo su centro en Metz. Los tres ejércitos van a obrar en combinación para entrar en el ángulo que forma la frontera francesa con Alemania, el Gran Ducado y Bélgica. Si este triple efecto triunfa en todos los puntos, o por lo menos en los principales, quedará abierta la puerta de Francia y casi despejado el ca-

mino de París. Al mismo tiempo, la marcha hacia el litoral no presentará ya obstáculos de importancia, y se habrá dado el primer paso decisivo en la lucha contra Inglaterra.

En la Alsacia, a todas luces los alemanes se mantienen a la defensiva. Han escalonado dos o tres cuerpos de ejército, a lo sumo, en varios ejes de maniobra, al parecer Strasburg, Saarburg, Colmar, y aguardan la invasión francesa, prestos a arrojarse sobre las cabezas de columna invasoras en cuanto desemboquen de los Vosgos; si las derrotan, la retirada de los franceses se hará en malas condiciones por tener las montañas a la espalda; si a su vez son vencidos los alemanes, se replegarán al N. y a la derecha del Rin, que es una formidable línea de defensa, capaz de tener en jaque al enemigo el tiempo más que suficiente para que la guerra se decida en otro teatro.

Los franceses tienen por lo menos seis cuerpos en la región de los Vosgos, hasta Belfort, y han asumido la ofensiva; el vigor en la ejecución y la extensión simultánea que dan al avance, en un frente bastante considerable, más de 150 kilómetros, indica que esos cuerpos están directamente apoyados por otros, lo cual hace sospechar que el grueso del ejército francés se concentró, con arreglo al plan inicial, con su centro cerca de Chalons y la masa principal algo al S. Tienen también los franceses fuerzas en la frontera belga, pero al parecer no es aquel ejército el principal. Delante del Luxemburgo hay otro ejército, de un efectivo considerable, destinado, no tanto a resistir el empuje alemán, como a apoyar a los dos laterales y operar en combinación con ellos.

De manera, que de esta exposición resulta que la concentración inicial francesa tuvo tres centros: Laon, en la frontera N.; Chalons en la del N. E.; y Langres, en la del E. La concentración respondía así a la alemana, aunque entre una y otra hay grandes diferencias. Los franceses, maniobreros, disponiendo de tropas muy ligeras y con numerosos contingentes reclutados en países de montaña, se encuentran en mejor situación que sus enemigos para operar en la región de los Vosgos. Por otra parte, el objetivo político de la guerra (el militar no puede ser otro que la destrucción del ejército adversario) no cabía cifrarlo en Berlín, ni dirigirse a romper los lazos de la Confederación germánica; el espíritu nacional clamaba por la reincorporación de la Alsacia y la Lorena, provincias en las que los franceses cuentan aun

con numerosos partidarios, y cuyo alzamiento no es cosa del todo improbable si las armas francesas obtienen un señalado triunfo; la conquista de ambas comarcas, realizaría de un modo notable el espíritu patriótico, desvanecería peligros de orden interior, a los que no pueden desatender los franceses, y pondría a su ejército en disposición de amenazar el Rhin y coger de flanco la marcha de los alemanes sobre el centro de Francia. El plan, si realmente fué éste, no está mal ideado, sobre todo teniendo en cuenta que es mucho más difícil para los franceses que para sus rivales alcanzar un objetivo que tenga resonancia en la opinión pública y mueva el país a pedir la paz; porque no hay cerca de la frontera ningún punto vital para Alemania y menos que pueda ser amenazado con poco esfuerzo, al revés precisamente de lo que acontece con Francia para los alemanes. En otro concepto, no ha de olvidarse que el estado mayor francés, y esto no es un secreto para muchos, estaba firmemente resuelto, al estallar la guerra, fuera cuando fuera, a tomar la ofensiva, sin aguardar a que el enemigo impusiera su iniciativa; por Bélgica no podía ser, por la oposición de Inglaterra, de modo que sólo le quedaba el frente de la frontera, y allí es lógico que concentrara su masa principal, aunque sin desatender, ni mucho menos, las porciones débiles del N. y NE. Y efectivamente, se ha visto cómo la ofensiva francesa contra los Vosgos, débil y vacilante en los primeros días, cuando sólo se trataba de reconocer y tantear, ha ido afirmándose y robusteciéndose, hasta llegar a ser impetuosa, mientras que en el N. las medidas adoptadas, que están a punto de terminarse, responden a la idea de la defensiva, bien que tácticamente acaso los franceses procuren ejercitar también la ofensiva.

Los alemanes, al contrario, han abandonado y relegado a segundo término la Alsacia; su fin principal es la invasión y la marcha al O, hacia París y el litoral belga, por el camino que menos obstáculos presente; este camino es, en principio, el del Luxemburgo, pero ha de estar bien flanqueado y apoyado en los dos costados. No puede ejecutarse en tanto los dos ejércitos laterales no estén en disposición de coadyuvar al movimiento: el del N., rebasando las plazas fuertes de Bélgica y corriéndose por la frontera, ha de atraer necesariamente hacia sí una parte del ejército francés, obligándole a realizar marchas y dislocaciones, muy peligrosas cuando se está en la proximidad del adversario, haciendo que afloje la presión sobre la frontera alemana; el ejército de Metz, o sea el del Sur., atacará enérgicamente en cuanto haya llegado a su posición de amenaza el de Bélgica, y entonces el ejército del centro avanzará y tratará de librar la batalla decisiva. Se ve, según esto, que la maniobra alemana es la practicada siempre en los ejercicios de paz y recomendada constantemente en escritos, reglamentos y conferencias: el envolvimiento estratégico. Se obtiene mediante la marcha a través de Bélgica, apoyada por el avance en la región de Metz, que fijará al centro enemigo; desbordado o a punto de desbordar el extremo izquierdo del frente francés, fijado el centro, el avance principal tendrá grandes probabilidades de éxito.

Para hacer frente a tan graves eventualidades, los franceses no sólo cuentan con el apoyo de los belgas, casi ineficaz como se ha visto hasta ahora, y con el

de los ingleses, bastante más positivo, sino principalmente con el movimiento hacia el N. de todas las masas de la Alsacia, contra las comunicaciones de su enemigo. Es decir, que por lo que hasta ahora se vislumbra, fían más los alemanes en el choque, luego de preparado por el despliegue, y los franceses más en la maniobra, después de éxitos obtenidos sin grande esfuerzo. Los primeros se inspiran sólo en razones militares, mientras que los segundos no pierden de vista la situación interior del país.

De una y de otra manera se puede conseguir la victoria, que en último término depende de lo que acontezca en el campo de batalla. En el concepto militar, ha de declararse que el plan alemán es de más positivos resultados y de concepción más sencilla y sólida. El otro es más artificioso.

Para que un plan, sea el que fuere, conduzca al resultado que de él se espera, es condición preliminar e indispensable que el despliegue estratégico, que prepara la batalla, se realice en buenas condiciones de tiempo y espacio; porque si se ejecuta con lentitud o torpeza, el enemigo podrá adoptar las disposiciones necesarias para hacerlo abortar y se perderán todas las ventajas de la iniciativa, que pasarán a beneficiar al rival. Ahora bien, la fase preliminar y obligada del plan alemán, es decir, la invasión de Bélgica, ¿se ha llevado a cabo del modo previsto o simplemente de manera que resultara adecuada al fin principal? Si se da crédito a la prensa, que un día y otro se hace lenguas del heroísmo de los belgas y de la tenaz resistencia que están presentando y de las victorias que alcanzan sobre el enemigo, aquella maniobra preliminar ha sido un fracaso. Este es el punto más interesante que hasta ahora se ha presentado y el que puede discutirse con más base.

El día 4 de agosto los alemanes entraron en Bélgica; el día 7 había en ella tres cuerpos de ejército enteramente movilizados; como eran ocho los inmediatos a la frontera francesa y que se encontraban en iguales condiciones de distancia y medios de comunicación que aquellos, es evidente que el día 7 podían haber intentado la invasión cinco o seis cuerpos de ejército, con un total de 250.000 hombres. En aquella fecha, no estaba concluida la movilización francesa y apenas empezaba la concentración; parece, por consiguiente, que un avance rápido de los alemanes hubiera puesto en grave aprieto a sus adversarios, y que el camino de París quedara abierto en pocos días y sin necesidad de reñir grandes batallas. Los hechos hablan de otra manera muy diferente: la frontera francesa está formidablemente cubierta por una doble línea de fuertes perfectamente guarnecidos y abastecidos en todo tiempo, en disposición siempre de repeler una agresión; para abrirse paso, no debían contar los alemanes con perder menos de cinco a seis días; probablemente hubieran sido más. En este tiempo se habría terminado la movilización francesa y el ejército enemigo, ya debilitado por el primer empuje, se encontraría frente a fuerzas superiores, aunque en este lapso de tiempo hubieran llegado al teatro de la guerra dos o tres cuerpos más. La maniobra no era, en conclusión, recomendable. Admitiendo que las plazas fronterizas hubiesen abierto sus puertas, tampoco la invasión prematura o rápida diera mejores resultados, porque la concentración francesa ha tenido lugar a dos, tres o cuatro

jornadas de la frontera, o sea en condiciones de hallarse prevenido el ejército para presentar batalla con fuerzas superiores. De manera que los franceses, sea dicho en honor suyo, habían previsto el caso de un ataque inesperado y tomado las medidas conducentes a que fracasara; el lanzar bruscamente 250 o 300 mil hombres sobre la frontera francesa, no hubiera servido más que para que esa masa fuera batida en detalle, antes de la llegada del cuerpo principal. Ese plan ofrecía, pues, pocas ventajas y presentaba muchos peligros para que los alemanes lo adoptaran,

Preferible resultaba aprovechar la mayor rapidez de movilización y concentración alemanas para efectuar el despliegue estratégico antes que los franceses y operar con todo el ejército reunido, contra un enemigo al que se le obligara a subordinar su formación a la del invasor. Y esto es lo que han hecho los alemanes. La invasión de Bélgica, aparte del objetivo contra Inglaterra, tenía por principal objeto rebasar el frente francés y amenazar de flanco toda el ala izquierda enemiga; si los franceses, previendo lo que iba a suceder, porque lo tenían estudiado de mucho tiempo antes, entraban en Bélgica y corrían su frente antes que los enemigos pudieran rebasarlo, resueltamente la maniobra podía considerarse fracasada; pero si el invasor llegaba a la frontera antes que los franceses, es indiscutible que la primera fase del plan alemán había tenido éxito. La resistencia de Lieja, aunque débil, hizo perder a los alemanes cuatro días; hubo error por parte del comandante en jefe del ejército del N., general von Emmich, en tratar de reducir a viva fuerza los fuertes de Lieja, porque para la marcha de la invasión bastaba con la derrota del ejército móvil que los belgas tenían en aquel campo atrincherado; el día 7 podía haberse puesto en movimiento el ejército alemán, dejando un cuerpo de observación ante los fuertes, y el día 16 podía haber llegado a la frontera francesa del N., mucho antes de que los franceses estuvieran preparados para afrontar esta temible amenaza. En lugar de obrar así, el comandante del ejército alemán, se detuvo ante Lieja más tiempo del estrictamente necesario, ejecutó esfuerzos innecesarios y que debilitaron a sus tropas y tardó otros cuatro días en continuar la marcha de avance. Esos cuatro días, perfectamente aprovechados por los franceses, han sido los suficientes para que algunos cuerpos se hayan corrido hacia el N., reforzando a los que estaban ya apostados en aquel lugar, hayan desembarcado los ingleses y las cabezas de columna entren en el territorio belga, para cubrir mejor la frontera. A pesar del modo como se ha desarrollado esta primera fase, los alemanes, gracias a su gran previsión y perfecta preparación, han llegado todavía a tiempo de amenazar el ala francesa, pero no han podido comenzar la invasión por el N.; en lugar de llevar sobre su enemigo un avance de ocho días, sólo lo han conseguido de cuatro. Pero, de todos modos, han logrado el objeto que les llevó a quebrantar la neutralidad de Bélgica: han desplegado desde Bruselas a la frontera francesa, poniéndose en una situación inicial excelente para cooperar en la acción de conjunto que están emprendiendo los dos ejércitos del S. Esa pérdida de cuatro días podría resultar desastrosa si los belgas, reanimados y apoyados por los ingleses, flanquean a su vez, a lo que se presta su situación, la

extrema derecha del ejército alemán. Acaso éste procure infligir una nueva derrota a los belgas para alejar el peligro por este lado, pero de todos modos, la presencia del campo atrincherado de Amberes constituye una amenaza no despreciable.

En resumen, el plan alemán, que ha entrado ya en su fase táctica, responde mejor a los principios estratégicos que el francés, pero es más arriesgado que éste: desbordamiento por el N.; presión en el punto medio de la frontera, y ataque central, combinado, si las circunstancias favorecen, con el envolvente. El plan francés es eminentemente ofensivo en la Alsacia y Lorena, de observación en el centro y vacilante en el N., y está en la región principal subordinado al del enemigo.

Como la batalla ha de reñirse simultáneamente en un frente de muchos kilómetros, se compondrá de una serie de batallas más o menos encadenadas, en que la fortuna no es probable se manifieste siempre propicia a uno de los dos bandos; en unos puntos la ventaja será para los unos, y en los demás para los otros. Como resultado de esta larga sucesión de empeñados encuentros, los ejércitos, al terminar el choque, se encontrarán en nuevas posiciones, que determinarán una nueva situación para el conjunto de las masas, creándose un problema estratégico inesperado para las sucesivas operaciones. En esta fase de la guerra, la que se presentara al terminar la primera gran batalla, va a tener una importancia capital la energía y aun la audacia del mando, porque la resolución y la rapidez de ejecución, pueden cambiar las consecuencias de la batalla, haciendo que las cosas tomen un giro diferente del esperado. Será acaso el período más interesante el que siga a la batalla librada en la frontera, pues pondrá de manifiesto las cualidades de mando de los dos cuarteles generales y la disciplina y la resistencia de las tropas. No es de esperar, aunque cabe en lo posible, que este primer conjunto de encuentros sea por sí mismo de resultados decisivos: la decisión vendrá como consecuencia de los movimientos que se efectúen después; si los alemanes obtienen la victoria en el Norte, se encontrarán los franceses en el peor caso de todos. Para los alemanes, el punto decisivo está en la frontera de Luxemburgo, que es donde probablemente ejecutarán el esfuerzo principal; los franceses tendrían que buscar la decisión en las dos alas y paralizar así el avance adversario haciendo fracasar el plan de éste.

II.— Operaciones en Alsacia

Después del fracaso de la primera tentativa de avance realizada por los franceses en la Alsacia, la han repetido con más fuerzas y mayor éxito. Según los comunicados del Ministerio de la Guerra de París, que no hay motivo para poner en duda, la ofensiva francesa se ha pronunciado simultáneamente desde Bellort al centro de los Vosgos. Altkirch, Mulhouse, Thann, han caído en poder del invasor; al mismo tiempo, las crestas de los Vosgos han sido también ocupadas y los franceses comienzan a extenderse por el terreno de colinas que hay al E. de la cordillera, en plena Alsacia. La resistencia de los alemanes ha sido muy empeñada, de lo que resulta que el avance francés se opera con lentitud; es de notarse la presencia de cuerpos de reserva entre las

tropas alemanas. Por consiguiente, los franceses son dueños de la mitad meridional de los Vosgos y de la alta Alsacia, aunque todavía no han podido llegar a los puentes del Rhin en la parte inmediata a la frontera suiza y, por de contado, a los que hay más al Norte. Más que hacia el E., la ofensiva francesa parece dirigirse hacia el N., con objeto de amenazar el flanco izquierdo de la masa principal del ejército alemán.

III.—Operaciones en Bélgica

Es sensible tener que lamentarse, en una crónica exclusivamente militar, de la poca veracidad de los partes oficiales comunicados por el Ministerio de la Guerra belga. Está fuera de duda que las brillantes victorias y la resistencia tenaz opuesta por las tropas de aquel pequeño reino a las fuerzas alemanas de invasión, sólo han existido en las noticias oficiales y oficiosas; los belgas se han replegado constantemente a la aparición de los destacamentos de caballería que cubren la marcha de los alemanes, trabándose sólo insignificantes combates, seguidos siempre por la retirada del defensor. Lo que ha dado motivo a las exageraciones de la prensa, es otra cosa de la que se lamentan amargamente los belgas y que no era difícil de prever.

Las patrullas de caballería, creyendo que no serían hostilizadas al entrar en los pueblos evacuados, avanzaron con toda confianza y fueron acogidas en muchos de ellos por el fuego nutrido que se les hacía desde las casas y en las encrucijadas de los caminos y en los lugares cubiertos. Como es natural, esta resistencia, que cesaba en cuanto el invasor hacía uso de sus armas, infligió bastantes pérdidas a los alemanes, quienes después de haber intimado cesara esta conducta por parte de la población pacífica, han tenido que acudir a medidas de rigor. Los habitantes han sido desarmados, se ha castigado a los pueblos que habían hecho uso de las armas contra las tropas, y éstas han cesado de ver en Bélgica un país neutral, para considerarlo y someterlo al trato de enemigo. Las consecuencias de este proceder no se han hecho esperar: el mismo gobierno belga se ha apresurado a recomendar al país que las personas que no pertenecen al ejército se mantengan en actitud pacífica, para no ser víctimas de los rigores del invasor, y ha puesto término a una lucha enconada que sólo podía conducir a la ruina total del pueblo belga. Se ha humanizado la guerra y ésta ha entrado en su desarrollo normal, reducida a la acción de los ejércitos, en tanto el invasor no atente a los derechos y propiedades del país invadido. La verdad requiere que se diga que desde el primer día de la entrada de los alemanes en Bélgica, se condujeron respecto a los habitantes con toda clase de miramientos, pagando al contado los géneros que necesitaban y respetando la neutralidad en todo lo que no se oponía a los movimientos de tropas; creían los alemanes que de esta manera los belgas acabarían por comprender que su resistencia no tenía objeto, pero como no bastaran las recomendaciones ni el buen trato, se ha hecho sentir al país el peso de la guerra: en el acto ha cesado la hostilidad de los habitantes, que es lo mejor que podía suceder y el único camino que queda a éstos para tener esperanzas de conservar su independencia el día que se firme la paz. Hay que declarar aquí,

para que no se crea que me inclino a favor de uno de los partidos, que no se tienen noticias dignas de crédito de que los franceses se estén portando, en el país que han invadido, con menos respeto que los alemanes en Bélgica. Uno y otro ejército pertenecen a naciones fuertes y civilizadas, acostumbradas a hacer la guerra y a prepararse para ella, y saben que han de respetar a las personas ajenas al ejército, a condición de que ellas permanezcan tranquilas y no hagan armas.

Aparte de esta digresión, el despliegue alemán en Bélgica está a punto de terminar si no ha terminado ya. Se extiende el frente desde cerca de Bruselas, en los alrededores de Wawre, a la frontera de Francia, al S. de Dinant, cerca de Vise. El Mosa ha sido cruzado entre Namur y Lieja, el campo atrincherado de Namur, del que no han dado noticias los comunicados belgas ni los franceses, ha sido envuelto y se va inclinando el peso del ejército alemán hacia el Sur, junto a la frontera francesa.

Se ha anunciado que dos divisiones de caballería alemanas han sido rechazadas por las vanguardias francesas en Dinant, fracasando una tentativa del paso del río que aquéllas intentaban. Teniendo en cuenta que todo el frente del ejército invasor en Bélgica está cubierto por la caballería, según reconocen los mismos belgas y franceses, que los ejércitos alemanes del centro están ampliamente dotados de regimientos de la misma arma y que patrullas montadas han sido vistas en la frontera de Luxemburgo y más al S., es imposible que dos divisiones de caballería se movieran en Dinant; lo más que puede admitirse es que el reconocimiento lo efectuara una brigada, apoyada, sí, por fuerzas de artillería e infantería.

A la primera tentativa de los alemanes para atravesar el Mosa en Dinant, ha seguido el silencio en París y Amberes (la corte belga y los Ministerios se han trasladado a Amberes), pero después se ha señalado la presencia de los alemanes cerca de Vise y al N. de Dinant; lo que hace sospechar que la extrema izquierda ha sido rebasada; nada puede afirmarse todavía. Los combates de Dinant no han tenido más objeto que fijar a los franceses.

De Lieja no ha vuelto a hablarse, ni es posible que los belgas sepan lo que allí acontece, toda vez que la plaza está cercada y aislada; lo mismo puede ser que continúen la resistencia algunos fuertes, que hayan cesado en ella y pasado a manos del invasor,

IV.—Operaciones en el centro de la frontera

Llama la atención que el Ministerio de la Guerra francés, que tan pródigo es en dar detalles de los combates reñidos en Alsacia, y de las proezas de sus aviadores, no diga una palabra, hace muchos días, de lo que ocurre en la frontera de Luxemburgo y en la región al S. de Metz. Sólo se sabe que Ponta-Mousson ha sido bombardeado, aunque con escasos resultados. No es posible que reine la tranquilidad en la sección de frontera más interesante y donde hay concentradas las masas más importantes. Los movimientos preliminares de la batalla, que han de conducir necesariamente a choques entre los dos ejércitos, han debido comenzar ya hace días, y allí es donde se desarrolla la fase más sangrienta hasta ahora. Mientras los hechos no demuestren a poste-

riori que aun no ha comenzado el choque importante en la parte N. E. de la frontera, he de creer y estar firmemente convencido de que la lucha está entablada hace algunos días y no tardará en entrar en su período final, si no ha entrado ya.

V.—Consecuencias que se deducen

De la breve reseña que precede se deducen consecuencias muy importantes.

La primera es que en la Alsacia los franceses han asumido la ofensiva, y que los alemanes disputan el terreno palmo a palmo retrocediendo lentamente y replegándose hacia el N., donde cuentan con masas numerosas, y hacia el Rhin. Si los refuerzos austriacos han continuado su marcha hacia Baden, al llegar al Rhin tendrá lugar una contra ofensiva alemana; pero si a causa de la actitud de Italia, dichos refuerzos se han detenido en el camino o han retrocedido hacia su patria, continuará la defensiva alemana para ganar tiempo y esperar que se decida la guerra en el teatro principal.

Por lo menos tienen los alemanes dos cuerpos de ejército en la región cuyo centro es Colmar, apoyados por contingentes de reserva (lo cual robustece la idea de que no tienen otra mira que la defensiva), y acaso una división badense. La ofensiva pronunciada por los franceses el día 8 en la región de Mulhouse comprendía tres divisiones, y otras dos la que tuvo lugar en los pasos de los Vosgos. Estas fuerzas no fueron suficientes para derrotar a los alemanes y tuvieron que batirse a toda prisa en retirada: pocos días más tarde, el 13, se repite el avance, esta vez con pleno éxito, de lo que ha de inferirse que los franceses han puesto en movimiento por lo menos tres cuerpos de ejército, cuatro, más probablemente, resultando que en el extremo S., del frente estratégico son más fuertes los franceses que sus enemigos. Y como los efectivos están aproximadamente equilibrados, claro es que, bien en el centro, sea delante del Luxemburgo, ya en la frontera belga, la superioridad de los alemanes es indiscutible.

Notemos que, según los comunicados franceses, las tropas alemanas de reserva se han batido bastante mal, lo que confirma lo ya dicho en una de las crónicas anteriores: la guerra se decide por la intervención del ejército de primera línea, el del tiempo de paz movilizado o sea reforzado por los contingentes de reserva más modernos siendo puramente auxiliar y de un valor muy mediano las unidades enteramente compuestas de reservistas. Si los alemanes se han decidido a enviar a la Alsacia algunas de esas unidades, es claro que han concentrado las actividades en otro teatro. De todos modos, no doy demasiado crédito a la afirmación francesa.

La segunda consecuencia que se deduce es que el ejército alemán del N., llegado a las inmediaciones de Bruselas y después de cruzar el Mosa, se encuentra ya en disposición de iniciar una conversión (giro) hacia el S., para abatirse contra la frontera francesa y tomar de flanco la extrema izquierda de su enemigo; pero como esta maniobra, dejando un enemigo (el ejército belga) a la espalda, sería muy arriesgada en tanto no posean los alemanes el eje de giro, que es Givet, en la frontera francesa, ha de suponerse que se está desarrollando una enérgica

acción en este último punto, y que si los alemanes obtienen una victoria, el cambio de frente de casi todo el ejército invasor en Bélgica será inmediato a la vez que se pronuncia la ofensiva por el Luxemburgo y la región de Metz. Pero cabe también en lo posible que el ejército del N. tenga como primer objetivo derrotar a los ingleses.

Infiérese también que para facilitar el movimiento envolvente del ejército del N., es menester imprescindiblemente que los ejércitos alemanes del centro fijen y atraigan hacia sí a los franceses, para que la resistencia que éstos presenten a aquél no sea larga ni tenaz; y por eso es increíble que no se haya emprendido ningún movimiento en el frente de las fronteras francesas, según indico antes.

Finalmente, si los franceses son más fuertes en el S., los alemanes han de serlo más al N., aun contando con la llegada del ejército inglés (que no conceptúo más fuerte de 80.000 hombres), y como la maniobra decisiva ha de desarrollarse en esta parte del teatro, según vengo anunciando desde la primera crónica, se confirma lo que he dicho desde el primer momento: la iniciativa estratégica ha correspondido a los alemanes, que se apresuran a obtener de esta ventaja todos los frutos posibles. Por de pronto, la concentración alemana ha sido más eficaz que la de su enemigo: han reunido las masas principales en los puntos decisivos, mientras que los franceses las extendieron inicialmente en un frente demasiado extenso, como comprueba la presencia de cinco o más cuerpos desde los Vosgos centrales a Belfort. No puede tildarse este hecho de error por parte del alto mando francés, obligado a plegarse a la iniciativa alemana como consecuencia de la mayor rapidez de movilización y concentración de los ejércitos del Kaiser; y en la imposibilidad de llevar la mayor parte de las tropas estacionadas en el S. al N., es lógico y digno de aplauso que traten los generales franceses de sacar el mejor partido de esta situación inicial, emprendiendo la invasión de Alsacia, aun sabiendo que este objetivo es muy secundario.

En resumen: hasta ahora, la guerra se presenta favorable a los alemanes, y aun se desarrollaría bajo mejores auspicios para ellos de no haberse prolongado inútilmente el ataque a los fuertes de Lieja que no se rindieron en los primeros días; prosiguiendo la marcha sin perder minuto, la frontera francesa del N. quedara amenazada antes que las vanguardias francesas pudieran cubrirlas eficazmente.

Las batallas que han comenzado ya a librarse desde Metz al N. O., confirmarán en el terreno táctico, aquel en donde se cosechan los frutos, las ventajas estratégicas de los alemanes, o las anularán y se las entregarán a los aliados.

VI.—Operaciones en las fronteras rusas y en Serbia

Austria y Alemania se han aislado voluntariamente en lo que atañe a noticias militares, sean favorables o adversas, y no es posible saber nada por este lado. En cambio llegan abundantes de fuentes rusas, serbias y montenegrinas, transmitidas no se por qué medios. Claro es que no hay que concederles ningún crédito.

Lo que ocurre con Belgrado deja muy atrás a lo

de Lieja. Los serbios afirmaron que la plaza había sido evacuada a últimos de julio, y sin embargo no pasa día sin que lleguen despachos anunciando que continúa el bombardeo y que los serbios siguen resistiendo. Se afirma también que los austriacos han sido rechazados cuantas veces han intentado el paso del Danubio, del Sava o la entrada en Serbia más al S., y a continuación se anuncia la invasión de la Bosnia y Herzegovina por los serbios y montenegrinos.

Pero, con gran sorpresa, se lee al mismo tiempo que los austriacos han sido derrotados y dispersados en puntos que se encuentran muchos kilómetros dentro del territorio serbio, repitiéndose el caso de Bélgica, donde a cada derrota de los alemanes seguía un avance declarado de éstos. En resumen, nada puede decirse de lo que acontece en este teatro; lo mismo puede ser que los austriacos lleven la mejor parte que lo contrario; que hayan invadido y se extiendan por el interior de Serbia, que ésta se defienda y consiga encender un alzamiento en las provincias eslavas del doble Imperio.

Más tendenciosas si cabe son todavía las noticias que llegan de las fronteras rusas anunciando haber terminado la movilización de las tropas del Tzar, la invasión de Alemania y Austria, etc. Respecto de lo primero, nada tengo que enmendar a lo dicho en una de mis crónicas anteriores: los rusos no han terminado ni mucho menos su movilización y distan bastante de hallarse en disposición de emprender la ofensiva. Y en cuanto a lo segundo, es probable que los austriacos hayan entrado en territorio ruso, aunque sin emprender operaciones importantes; también es probable que los alemanes estén en la Polonia rusa, pero sin internarse en ella, y sin otro objeto que dificultar la concentración y el ulterior avance de su enemigo.

Es muy significativa la concesión de la autonomía a Polonia, recientemente decretada por el Tzar, hecho que parece debe interpretarse como desfavorable a la acción militar de los rusos. Esa concesión, que ha podido hacerse muchos años antes, es más propia de la magnanimidad del vencedor después de la guerra, que de un monarca que ha de defender aquel país con las armas en la mano. Por lo menos indica que no reinaba la tranquilidad en aquel desgraciado pueblo, y que los rusos temían encontrar en él un auxiliar de los alemanes. La concesión en estas circunstancias, es signo de debilidad y así lo interpretarán los mismos favorecidos, aunque de todos modos, y pese a su poca oportunidad, es de elogiar el acto del Tzar.

VII.—Operaciones navales

El bombardeo de Bona no fué llevado a cabo por el crucero acorazado alemán *Goeben*, sino por el crucero protegido Breslau; el *Goeben* bombardeó Filippeville, sin que los cañones de ambas plazas respondieran al fuego enemigo. Perseguidos ambos cruceros por una división de cruceros ingleses, pudieron refugiarse en Messina, gracias a su mayor velocidad, y posteriormente se trasladaron a los Dardanelos, donde han sido abanderados por los turcos, entrando a formar parte de la flota otomana. De este modo ha obtenido Turquía una compensación aunque insuficiente, de la confiscación realizada por el Gobierno británico de los dos dreadnoughts construídos en Inglaterra para aquella Potencia, apesar de haber declarado su neutralidad la Sublime Puerta.

Una división de la escuadra francesa ha echado a pique un crucero austriaco que mantenía el bloqueo de las costas montenegrinas: el comunicado francés no da el nombre del barco.

No se ha confirmado aun la noticia de un combate naval entre los austriacos y franceses, con notoria desgracia para los primeros.

Los alemanes han armado como cruceros auxiliares cierto número de rápidos barcos mercantes, cuya única misión es paralizar o entorpecer por lo menos el comercio marítimo de los aliados, obligando a éstos a destacar algunas unidades al Pacífico y al Atlántico. Es de suponer que lo mismo habrán hecho los franceses y los ingleses.

VIII.—Al cerrar

Al cerrar esta crónica el día 23, los hechos van confirmando cuanto he expuesto en ella y en las anteriores. La situación es interesantísima y será examinada en el número siguiente.

JUAN AVILÉS,
Teniente Coronel de Ingenieros.

23 agosto 1914.

INTERESANTE

Están a punto de terminarse los mapas, detalladísimos y completos, de gran tamaño, de Bélgica y sus fronteras; de la Lorena, alemana y francesa, y de la región del S. E. de la frontera, que completarán los repartidos en los cuadernos 1 y 2. Asimismo, están muy adelantados los mapas de la Polonia y territorios limítrofes y los de los teatros navales del Báltico y mar del Norte. Se irán repartiendo incesantemente a partir del 6.º cuaderno.

Los Editores.